

# Un paseo por las Literaturas de Praga

## *La ciudad escindida*

Antes de radicar en Praga como diplomático había estado en dos ocasiones en aquella ciudad: una en el verano de 1967, una época que daba la impresión de ser muy fértil porque en el aire estaban ya muchas de las inquietudes y las ideas del 68. Estábamos en vísperas de ese movimiento luminoso: "La primavera de Praga". Fue un momento espléndido entre otras cosas para el cine checo, que captó esa atmósfera de avanzada de todo lo que iba a ocurrir unos meses después: el fenómeno liberalizador del socialismo. Se sentía una actividad casi frenética en la ciudad: esa electricidad que le hace a uno sentir, tanto en la calle como en un café, que algo muy vivo está recorriendo la ciudad. Volví en 1980 a visitar a Estela Matute, agregada cultural en la embajada de México. La ciudad seguía siendo deslumbrante, pero parecía moribunda. Me sentí entonces muchísimo más cerca de Kafka que en todas las ocasiones anteriores en que lo había frecuentado mediante la lectura. La intensidad vital de la visita anterior había desaparecido. Esa segunda vez descubrí las casas de Kafka, aquella donde había nacido, y la otra, en la que escribió sus obras, *El castillo* entre otras. Se hallaba en un callejón, precisamente dentro de los muros del castillo de Praga. Sentí sus visiones como algo muy cercano. En la juventud, mi entusiasmo por Kafka se había transformado, como le ocurrió a toda mi generación, en una auténtica pasión, con todo lo que eso implica de reconfortante, visceral e intransigente; equivalió al momento en que uno se siente subyugado por un espíritu al que reconoce como evidentemente superior, uno de los pocos capaces de explicar en profundidad una época.

En mayo de 1983 llegué nuevamente a Praga, esa vez para quedarme casi seis años. Fueron años en que conviví de manera muy intensa con esa ciudad portentosa que puede mostrar, como muy pocas otras, una inaudita riqueza y densidad de belleza. Praga es una ciudad donde se puede admirar toda la gama de estilos arquitectónicos que ha creado Occidente, desde el románico hasta el Bauhaus, un laberinto ornamentado por la arborescencia florida del barroco, el estilo que, de hecho, cubre el cuerpo fundamental de la ciudad; hay muestras también de una muy rica arquitectura del fin de siglo, la famosa *Secesión* centroeuropea. Todos esos estilos conviven en la mayor armonía, creando un efecto de asombrosa intensidad, pero también de imprecisa irrealidad, como si todo estuviera envuelto en niebla, en sueños. Curiosamente la literatura de Praga fue durante varios siglos la cenicienta del cuento. La literatura de Bohemia accede a la mayoría de edad apenas en la segunda mitad del siglo XIX. Es una literatura que desconoce los grandes momentos de las letras europeas, carente de Renacimiento, de Siglo de las Luces, de Romanticismo; surge cuando el resto del continente vive ya las postrimerías del Naturalismo. Con gran timidez, Bohemia empieza a expresarse con formas literarias muy folclóricas, un tanto rígidas y aldeanas, para de pronto, en las dos primeras décadas de este siglo, dar el salto a formas modernas muy brillantes y novedosas.

En concreto, son varias las literaturas de Praga: la literatura de expresión alemana, la escrita en checo y la literatura judía. Las tensiones que establecen esas tres lenguas

y culturas entre sí es, quizá, lo que crea la gran intensidad y originalidad del fenómeno literario praguense. La literatura germánica, relacionada profundamente con la cultura habsbúrgica, cuyo centro era Viena, cuenta dos nombres que pertenecen a la más alta literatura universal: Kafka y Rilke. Hay también otros muchos escritores de gran valía como Franz Werfel, Leo Perutz, Max Brod, Gustav Meyrink –autor de otra obra notable de la literatura universal, *El Golem*–, Johannes Urzidil, etcétera. La mayoría de esos autores eran judíos, y se expresaban literariamente en alemán.

### *La sobrecarga histórica*

Cada escritor resolvió a su manera la tensión de vivir en una ciudad y una literatura originadas por un complejo entrecruzamiento de culturas. Rilke, por ejemplo, salió muy joven de Praga y no quiso volver nunca a ella. Sólo en los últimos años de su vida escribió un libro de relatos, *Historias de Praga*, donde manifestó una vaga nostalgia por imágenes que nunca lo abandonaron del todo, con una marcada ambigüedad de sentimientos de rechazo y obsesión por el lugar donde vivió su niñez y adolescencia, donde publicó sus primeros libros y sufrió sus primeros amores, y al que jamás quiso volver. Era tal el repudio de Rilke hacia Praga que ni siquiera se permitía la proximidad de Viena; las estancias en la capital austriaca lo acercaban demasiado a aquel pasado que rechazaba. En el caso de Leo Perutz, quien fue llevado a Viena aún adolescente, y no por voluntad propia sino porque su padre trasladó sus negocios a Austria, el recuerdo, la marca de Bohemia es tan fuerte que su libro más famoso, *Bajo el puente de piedra*, es una recreación de Praga en la época de Rodolfo II de Habsburgo, cuando la ciudad era capital del Sacro Imperio Romano de Occidente. Se trata de una novela fantástica cuya elaboración le llevó casi veinte años, que se vale del marco histórico para expresar algo que para estos autores era muy cercano: el difícil equilibrio entre judíos y cristianos. Kafka nunca pudo librarse de la ciudad: vayamos adonde vayamos, decía, Praga no nos abandonará, nos mantendrá bajo sus alas como una vieja madre. En su caso vuelve a surgir esa ambigüedad que produce el compartir varias lenguas, varias culturas y estar adscritos a una de ellas, que en su caso se convirtió en la más vulnerable, la germánica. La vida adulta de Kafka coincide con la independencia de Bohemia, la creación de la república de Checoslovaquia y con el ocaso de la cultura alemana, en aquel país. Si uno lee los diarios y las cartas de Kafka percibirá qué mezclados y encontrados son sus sentimientos. A mitad de la Primera Guerra, por ejemplo, ya muy enfermo de tuberculosis, en una época en que tenía que pasar temporadas muy largas de cura en sanatorios, al darse cuenta de que el Imperio estaba en peligro de derrumbarse, decidió enlistarse como soldado para combatir por el triunfo de Austria. Ese gesto de un hombre tan enfermo que quiere dar su vida por un Imperio que está condenado, y, a la vez, el hecho de no querer abandonar Praga, ni siquiera ya en el periodo de creación del nuevo Estado checoslovaco, marca la enorme complejidad de emociones que suscitaba esa convivencia de razas, religiones y lenguas diferentes.

Con 1918 se inicia el renacimiento de la literatura checa. La Independencia, la República, la afirmación nacional son un estímulo poderosísimo para la regeneración de la lengua, una lengua humillada durante siglos. Desde el momento en que Bohemia perdió su independencia y pasó a formar parte del Imperio Austrohúngaro, el checo se convirtió en una lengua vedada para las letras, prohibida para la cultura, una lengua de campesinos, sirvientes y artesanos. Hacia finales del XIX hay algunos intentos por recobrar el idioma: se crearon los tratados gramaticales necesarios para fijar con exactitud el checo y surgieron, además, algunos autores literarios como el cuentista Jan Neruda, quienes empezaron a escribir y a crear un público lector para esa lengua hasta entonces confinada a los oficios menores. A pesar de la buena voluntad con que esas acciones fueron emprendidas, la literatura no logró trascender sino hasta después de la independencia la vena folclórica, amena, sí, pero más bien intrascendente.

La primera gran novela checa que recorre el mundo es *Las aventuras del buen soldado Schweik*, una novela expresionista de Jaroslav Hašek que, contemplada hoy día





a través de la óptica bajtiniana, resulta una obra continuadora de la gran tradición rabelaisiana. Novela carnavalesca, muestra un mundo al revés, donde el manicomio resulta un asilo de cordura y la prisión es preferible a la calle, y donde el lenguaje se deteriora hasta llegar a expresar lo contrario de lo que pretendía. La novela de Hašek viene a ser la contramoneda del mito habsbúrguico, de esas sagas que cuentan cómo durante generaciones se fue irguiendo ese gran imperio centroeuropeo y cómo perdió su esplendor y dimensiones hasta reducirse a un pequeño territorio. *La marcha de Radetzky*, de Roth, *El hombre sin cualidades*, de Musil, las novelas de Lernet-Holenia, todo ese ejercicio consagratorio de la memoria encuentra su réplica caricaturesca en *El soldado Schweik*, un ordenanza que mezcla la astucia con la imbecilidad en partes proporcionales, quien arrastra el mito heroico entre un fango diarreico y sanguinolento donde todo lo que había sido considerado como sagrado resulta escarnecido y degradado.

A partir de ese momento, con un pie en las formas renacentistas de Rabelais, surge una literatura que va a funcionar como la gran burla del Universo. Con una celeridad pasmosa se desarrolla el movimiento más importante que se ha conocido en lengua checa, uno de los más brillantes de toda Europa. Un movimiento que aúna el impulso de la nueva lírica checa a la tradición romántica alemana y al surrealismo francés. En ese momento surgen los cuatro grandes poetas checos de este siglo: Halas, Holan, Seifert y Nezval.

Después, como todos sabemos, la historia ha sido trágica. El periodo democrático en Checoslovaquia fue muy breve, pero dejó una huella decisiva en la filosofía, en el teatro, la pintura, la poesía, la música. Los cincuenta años últimos los sentimos como un largo periodo doloroso sembrado de tragedias colectivas e individuales, donde la novela se ha transformado en una crónica de los sufrimientos cotidianos, matizada con un fuerte humor negro que se contrapone a su carácter patético. Los grandes novelistas de nuestro tiempo son Milan Kundera, Josef Škvorecký y Bohumil Hrabal, un escritor ahora muy anciano, en cuyos libros encontramos pequeñas tramas donde la Historia (así, con mayúscula) se mezcla con los más comunes incidentes cotidianos. Es sorprendente cómo a través de los simples gestos de algunas vidas antiheroicas transcurridas en borrosas ciudades de Bohemia se dejan sentir los estertores de la historia contemporánea. El resultado es siempre desmitificador: el rey sigue estando desnudo.

### *La herida alegre*

El humor es un elemento fundamental de la sociedad y la cultura checas. Gracias a él han logrado sobrevivir a muchas negruras con una entereza envidiable. Hay un ensayo de Bajtin donde glosa un texto de Alexander Herzen, el pensador ruso del siglo pasado, que se refiere a la fuerza trituradora del humor y a su capacidad regeneradora. Reirse del buey Apis, dice Herzen, significa convertir al animal sagrado en un vulgar toro. Eso han hecho los checos, lo hizo Kafka, cuya literatura está poblada de seres anodinos que carecen hasta de nombre, se llaman "señor K.", "ingeniero K.", etc. Lo mismo, Hašek con el buen soldado Schweik. Sin embargo, en ese incesante andar entre lo patético y lo cómico el mundo se va desnudando y va siendo demolido por la actuación insensata de esos personajes sin nombre. Schweik es un soldado idiota, un retrasado mental, un hombre de quien no se sabe si es un bribón redomado o simplemente un idiota total. Ese individuo embrionario logra mostrarnos los intestinos de uno de los imperios más poderosos y hacerlos reventar. El resultado es un campo lleno de fango excrementicio donde los hombres marchan como marionetas fantasmales movidas por los hilos de un reverendo idiota. En el teatro de Havel, en las novelas de Kundera, de Škvorecký, sobre todo en las de Hrabal, ese humor que corroe y degrada todos los falsos prestigios está siempre presente. Él se encarga de que todo lo que se ha acostumbrado a considerar como noble, digno y sagrado quede de pronto al desnudo y muestre su verdadera faz, la de la codicia, la crueldad y la vulgaridad más extremas. ◇